

LA LITERATURA, LA COMISIÓN DE LA VERDAD Y EL MUSEO DE LA MEMORIA

Víctor Vich (*)

Hace algunos años en la facultad de literatura algunos de nosotros comenzábamos a preguntarnos por qué en **Pedro Páramo** los muertos no estaban muertos y por qué regresaban a Comala para apropiarse de sus calles y de su memoria. Unos y otros ensayábamos un conjunto de respuestas a las que sin duda todavía les faltaba una mayor reflexión. Decíamos entre todos algo tímidamente: «el problema es la nación: la falsa promesa de una colectividad integrada.» «Lo que el Estado ha reprimido -las identidades subalternas- tiene luego que surgir con una fuerza arrolladora.» «Exacto: en esa novela los muertos regresan porque nunca estuvieron totalmente enterrados.»

Fue John Kraniauskas, ahora profesor en la universidad de Londres, quien mejor sistematizó el problema a partir de una muy conocida idea de Benedict Anderson. Recuerdo así la construcción de su argumento: si el proyecto nacional del siglo XIX consistía en establecer un pacto entre el Estado y el pueblo por el cual el pueblo daría la vida a cambio de recibir un «significado trascendental» que lo representara dentro de la nación, en **Pedro Páramo** los muertos regresan porque el Estado nunca cumplió esa promesa, vale decir porque fue incapaz de construir una especie de «representatividad total» donde las distancias entre el Estado y el pueblo hubieran sido mínimas.

A mi modo de ver, esta idea es exacta y precisa: en Comala, en el Perú y en el mundo entero, los muertos «regresan» porque los han engañado una vez más; porque como sujetos nacionales siguen siendo anónimos incluso en la muerte; porque el proyecto nacional los ha enterrado muy mal y así se están

convirtiéndose en el síntoma de algo, igual de terrible, que no se encuentra bien simbolizado. En conclusión: los muertos del mundo regresan a sus pueblos porque ellos sí recuerdan y porque, de esa manera, quieren obligarnos a que nosotros también recordemos. Y el recuerdo es ciertamente un acto de memoria pero la memoria -como bien ha señalado Elizabeth Jelin- no es nunca una cuestión del pasado. La memoria es un durísimo problema del presente, es decir, del sentido y del significado que hoy -sí, hoy- queremos construir sobre nuestra historia.

En un país heterogéneo, jerarquizado y fuertemente excluyente como el Perú, estas imágenes se me vinieron a la cabeza hace unos pocos meses en la Universidad Católica cuando la **Comisión de la verdad** recibió a los campesinos sobrevivientes de Cayara: aquella comunidad brutalmente asesinada durante la guerra sucia en el Perú. Era una típica mañana de invierno y, frente a frente, campesinos y **Comisión**, se miraban unos a otros y reconocían entre ellos sus distancias y su «otredad». Al parecer, una diferencia, una «imposibilidad de decir nosotros», se hacía muy presente ese día. Los campesinos miraban ansiosamente a la **Comisión** y de pronto me pareció que los papeles podían invertirse al más puro estilo del carnaval bajtiniano. Por un momento estuve imaginando que la **Comisión de la verdad** se volvería el «objeto investigado» y que sólo era cuestión de que pasara algo más de tiempo. En todo caso, lo cierto es que ese día, para los campesinos de Cayara, la **Comisión de la verdad** fue un signo de poder a quien ellos también podían interpelar. Por ello, sus miradas eran muy exigentes, y la música y los bailes con los que se inició la reunión nos desafiaban a todos porque fusionaban, de manera radical, su identidad como cultura y su crítica al Estado. «Hemos cantado y bailado así -dijo uno de ellos- porque ésta es nuestra forma de comenzar a dialogar.»

En el Perú ha existido siempre una lucha por quién asume el control sobre la interpretación del país, y sabemos bien que hemos sido los «letrados» quienes por lo general nos hemos situado en el centro del poder, y por lo tanto en el corazón mismo de la voluntad de representar a los «otros». Históricamente el grupo letrado se ha autoasignado la responsabilidad de «hablar por ellos» y de intentar representarlos a través de una voz que se autonombra como más

racional y «evolucionada». Por desgracia, la trágica historia del Perú (Uchuraccay, **dixit**) ha demostrado que esos gestos no sólo han sido intentos fallidos sino, a la vez, prácticas dominantes y excluyentes: al hablar por el «otro», en realidad, los letrados hemos silenciado la voz del «otro» que bien podría haber hablado por sí mismo. En este punto, la **Comisión de la verdad** comienza con un problema central (no tomado en cuenta por Paniagua y, menos aún, por el tradicional Toledo) que consiste en que en su composición no encontramos un representante directo de las víctimas, vale decir del lado más golpeado de la brutal violencia que ocurrió en el país durante las dos últimas décadas. Justamente por ello, la responsabilidad de esta **Comisión de la verdad** es mucho mayor y más exigente. Por ello también, todos debemos participar activamente.

En ese sentido -como hace poco lo señalaba Marita Hamman- la palabra «verdad» requeriría, en primer término, de una reflexión filosófica -quizá hermeneútica- acerca de las condiciones sobre las que se produce su enunciación. ¿Quién enuncia la verdad y de quién es esa verdad? Es decir, esta **Comisión** con la que, sin duda, todos debemos sentirnos profundamente comprometidos, necesita aspirar a construir **una verdad, o un conjunto de verdades** que tengan un carácter fundacional por su fuerza dialógica y sus afirmaciones sin titubeos. Si quiere sobrevivir dignamente esta **Comisión** tiene que distanciarse del Estado, pues su enunciación requiere no reproducir el típico gesto republicano con el que un grupo de criollos fundaron el país en el siglo XIX, es decir, el del habla monológica que excluyó la participación de grupos subalternos tales como los indígenas, los negros y, sin duda, las mujeres.

Hasta el momento varias preguntas no enteramente discutidas a nivel público deben proponerse activamente: ¿cuáles serán los mecanismos activados por la **Comisión** para que sus resultados se difundan en ámbitos rurales y urbanos, escolares y universitarios, letrados y orales, masculinos y femeninos, bilingües y multilingües? ¿Cuál será su iniciativa al respecto? ¿Es esto parte de su trabajo? Algunos de nosotros creemos que sí. La propuesta de construir un **Museo de la Memoria** en las ruinas del *Banco de la Nación* es muy buena, aunque tampoco es completamente suficiente. Es buena porque

de concretarse nos permitiría, en tanto sociedad civil -aunque a Toledo no le guste esta última categoría-, simbolizar nuestra propia historia en la lucha por la ciudadanía y la igualdad de derechos. Un **Museo de la Memoria** es muy necesario porque resulta urgente simbolizar contundentemente la historia de los golpes de Estado en el país para que nunca más se vuelvan a repetir, y para que los que creen (o creyeron en ellos) consigan desanimarse de una vez por todas. Un **Museo de la Memoria** resultaría fundamental porque dicho lugar bien podría convertirse en un buen centro cultural para desarrollar ahí obras de teatro, conciertos de música, conversatorios políticos, performances orales, mesas redondas y muchas otras actividades, que organizadas -otra vez- por la sociedad civil promuevan el sentido crítico y la reflexión sobre el país.

Pero el Perú no es sólo un país de «letrados» y los resultados de la **Comisión de la Verdad** también deberán difundirse por otros medios. El informe final no puede quedar circunscrito a la publicación de un volumen cuya circulación, en este país, siempre será reducida. Si de lo que se trata es de intentar simbolizar bien las dos últimas décadas -una de la violencia, otra de la corrupción- para generar efectos contundentes, entonces es necesario comenzar a pensar en toda una política de difusión de sus resultados. Si al Estado actual no le interesa reflexionar sobre ello, es porque en realidad el trabajo de la **Comisión** le parece poco importante y, en el fondo, pretende neutralizarlo. Evitar dicha pulsión es nuestra responsabilidad como sociedad civil (tercera vez).

Entonces, nuevas relaciones con los muertos, participación activa –muy activa- de las víctimas, neutralización de la manipulación estatal y estrategia que asuma la amplia difusión de sus conclusiones, son algunos de los retos centrales de la actual **Comisión de la verdad**. Como puede notarse, el trabajo es inmenso y de una magnitud tal que no puede titubear demasiado. Y es compromiso de todos -y no sólo de la **Comisión**- involucrarnos radicalmente con lo que ha pasado. De no hacerlo, el Perú correrá el riesgo de continuar «comalizado», vale decir de que sus muertos sigan regresando y regresando infinitamente con el objeto de intentar sellar un conjunto de heridas que hoy están muy abiertas y que no sólo se encuentran inscritas en las conocidas «causas sociales de la violencia» sino, sobre todo, en la posibilidad de generar

acciones concretas que todos, como comunidad nacional, como promesa, podemos emprender juntos para que ya no sean ellos, los muertos, los que continúen peregrinando, en este Perú violento, eterna e incansablemente.

(*) Investigador del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

desco / Revista *Quehacer* Nro. 132 / Set. – Oct. 2001